

# JOSÉ DEL REY FAJARDO, S.J. UN JESUITA COMPROMETIDO CON LA HISTORIA Y CON VENEZUELA

El pasado 28 de diciembre de 2023, a los 89 años de edad, falleció quien fuera fundador y director en dos ocasiones del Instituto de Investigaciones Históricas (IIH) de la UCAB, además de individuo de número de la Academia Nacional de la Historia y la Academia Venezolana de la Lengua. A un mes de su partida física, los historiadores María Soledad Hernández Bencid, Carlos Rodríguez Souquet, Agustín Moreno Molina y Manuel Donís Ríos -quienes lo conocieron y trabajaron de cerca con él en la universidad- comparten algunas líneas sobre su trabajo, su personalidad, su impronta y su legado académico





# El padre José del Rey, S.J. Un hombre de palabra

Por Pbro. Carlos Rodríguez Souquet (Exdirector del IIH UCAB)



***"Yo siempre he creído en el poder de la palabra"***  
***(Diálogos desde la Colmena, 43)***

Confieso, al comenzar esta semblanza, que siento más que nunca las dificultades de mi empresa, que nace con la primera luz del día y debe concluirse antes del ocaso, como decía Bossuet en la *Oración fúnebre*, pronunciada el 16 de noviembre de 1669.

Cuando miro de cerca la vida y la obra del padre del Rey no encuentro palabras precisas para expresarme. ¿Se trata del aprecio por lo conocido o de la incapacidad de interpretarlo correctamente? Tantos recuerdos significativos pareciesen desbordar el uso cotidiano del lenguaje.

Si la vida pública del Maestro fue anticipada y preparada por un período que los católicos amamos distinguir como "la vida oculta", el trabajo pastoral y académico del padre fue intensamente público, en su inicio, para luego dar paso a "su vida oculta" en la mansión de la enfermedad que suele recordar a los hombres los límites de su existencia. Si el hombre se estima demasiado, ella sabe abajar su orgullo; si el hombre se deprime, ella sabe recordar el destino que nos espera. No en vano, comentó el padre Provincial durante la Misa de Cuerpo presente, que el del Rey afirmó el día de su fallecimiento: "Hoy es el día de mi resurrección".

El padre fue un hombre de fe, de Estado y de letras. Fue justo, magnánimo, fiel, devoto, valiente, solidario, sabio, ilustrado, incansable investigador y maestro universitario en tiempos no tan buenos para las humanidades, competente tanto en los asuntos públicos como en los académicos.

Una serie de programas, grabados en distintas fechas y por varios organismos, han conservado para la posteridad la opinión del padre sobre distintos tópicos. Haciendo uso de ellos, deseamos esquematizar nuestros recuerdos para delinear brevemente el espíritu de un hombre virtuoso y de un jesuita culto.

En un programa del Centro Ático (Archivo Histórico Javeriano) en 2019, el padre recordó que había estudiado en el colegio "El Salvador"

de Zaragoza, dirigido por los jesuitas. Allí le llamó positivamente la atención la vida y el trabajo de un anciano sacerdote “científico” que, sin problema, se convirtió en maestro de alumnos de 11 y 12 años.

En aquella emisión, el padre no ofreció el nombre del profesor, cuyo ejemplo –afirma- le hizo pensar, por primera vez, en ser jesuita. Sus Papás, que eran excelentes católicos, se alegraron.

Una vez admitido en la Compañía, salió el 10 de enero de 1953 desde Barajas para Caracas, donde llegó con la intención de sembrarse en una nueva Patria. De hecho, no volvió a vivir en España. “Cuando a los Jesuitas nos destinaban a América, veníamos para toda la vida”, comentó. El salto era definitivo. Ahora bien, una vez en la ciudad del Ávila, el padre se impactó por la calidad del clima y el comportamiento simpático de las personas. “Todo favorecía la ilusión”.

Para dar inicio a su formación, fue enviado a Santa Rosa de Viterbo, un pueblecito de 500 habitantes a 10 kilómetros de Duitama en Colombia. De allí salió cuando supo dominar el latín tanto como el castellano. A lo largo de su permanencia, el padre Briceño enseñó a aquellos formandos a ejercitarse en la dilucidación de los contextos en los cuales se habían producido los eventos importantes de la historia y también de aquellos días agitados. Este hecho aumentó “la pasión” por el estudio de la historia.

Una vez en la Javeriana para los estudios de filosofía, el padre cursó, al mismo tiempo, la carrera de Historia. El padre Manuel Pacheco “fue un gran maestro que me ayudó a comprender lo que fue el mundo colonial. Un grande amigo y un gran trabajador”, afirmó el padre.

Los años continuaron pasando y aquel joven aprendiz no fue presa del peor de los males: “la indiferencia”. Se formó y vivió a sabiendas de ser llamado a grandes destinos para la mayor gloria de Dios.

Por otra parte, llegado el momento de los frutos, el padre sirvió a Dios y al Estado sin conflictos de conciencia. “Al César lo que es del César y a Dios, lo que es de Dios” (Mateo 22, 21). Luchó y se jugó la vida, por las fronteras de su nuevo país. Se sintió pieza útil en el engranaje que dignificó la posición de Venezuela ante otras Cancillerías.

En la emisión de *Diálogos desde la Colmena* (43) con María Isabel Párraga, el padre ofreció una anécdota interesante y graciosa: mientras se empleaba en buscar documentos sobre el Golfo de Venezuela en el Archivo General de Indias en Sevilla, un día cualquiera, un empleado del Archivo le comentó, casi en secreto, que había en la sala otro investigador que solicitaba los mismos papeles que él pedía y era cierto. Un “agente” de la cancillería de la hermana República llevaba a cabo, con dedicación, el trabajo que le había sido encomendado: enterarse de la documentación existente en Sevilla sobre el Golfo de Venezuela y lo hacía con la ayuda del padre, aunque sin haber solicitado su consentimiento.

Por otra parte, el mundo de las letras fue su residencia permanente y, en este espacio vital, la historia de los pueblos de estas latitudes y, en ellos, la historia de la Compañía de Jesús, su primer y eterno amor.

La historia de los jesuitas se fraguó, en opinión del padre, entre mitos, leyendas y realidades. Su historia ha generado, a lo largo de los tiempos, adhesiones y odios inflamados. Aun así, los hijos de San Ignacio lograron invadir el mundo de la mano con la ciencia, la cultura en sentido amplio, la educación y las misiones.

El padre estaba convencido de que, entre otras disciplinas, la historia debía ser investigada y dada a conocer, ya que resulta un medio adecuado para descubrir los desórdenes de las humanas pasiones, los intereses, los tiempos y las coyunturas, los buenos y los malos consejos. En fin, cuanto hay en ella pareciera que está hecho para ser usado (Bossuet, *Discurso sobre la Historia Universal*, 1680). No se trata simplemente de recuerdos del pasado, sino de herramientas para el presente y el futuro. Para muestra, un botón: la Biblia.

El único cargo que el padre repitió a lo largo de su vida académica fue la dirección del Instituto de Investigaciones Históricas de la UCAB. Este Instituto fue el buque insignia de la Universidad, afirmó el padre en la entrevista número 43 de los *Diálogos desde la Colmena*. Los fundadores del Instituto fueron los expertos que laboraron, por muchos años, para la cancillería venezolana en asuntos de fronteras con Colombia, Guyana y Brasil. Ellos eran Hermann González, S.J.; Pablo Ojer, S.J., y el propio padre del Rey Fajardo, S.J.

Las distintas memorias de la vida y de la obra del padre José del Rey Fajardo, S.J., elaboradas por distintas personas de diversos medios sociales, son muestra de amistad por parte de los autores y de justicia para aquel a quien se recuerda. Su figura es digna de recordación, ya que en todo momento fue un hombre de una sola palabra y de completa fidelidad al empeño adquirido.

**Fuentes:**

*\*Diálogos desde La Colmena, María Isabel Párraga, número 43. YouTube. UCABve. 20 de abril del 2014.*

*\*Ethos José del Rey Fajardo sj. YouTube Centro Ático. 4 de diciembre de 2019.*

*\*La Universidad del futuro. YouTube. Historicopuj. 4 de diciembre de 2019.*

El Ucabista- Dossier especial 28/01/2024

# Un jesuita artesano

Por María Soledad Hernández Bencid (Investigadora IIH UCAB)



Disertar acerca del padre José del Rey Fajardo, S.J. no es tarea fácil, sobre todo cuando las marcas de un profundo duelo nublan nuestros sentidos y nos impiden pensar y ver con claridad.

Intentaré hacer un rápido recorrido por algunas de las facetas que ocuparon su quehacer diario y que lo llevaron a convertirse en “un artesano de las letras”, como él mismo se definía.

### **Sus inicios en Venezuela.**

El mundo de la investigación y la educación orientaron los primeros pasos del joven religioso, recién llegado a Venezuela. Comienza como docente en el Colegio San José de la ciudad de Mérida, continuando como decano de la Facultad de Humanidades y Educación en la UCAB, Caracas, y en la década de los 80 como fundador y primer rector de la Universidad Católica del Táchira.

### **Sus obras**

Su sólida formación académica, puesta de manifiesto a lo largo de su vida, da cuenta de más de un centenar de libros publicados, innumerables artículos que circularon en revistas especializadas, ponencias, discursos, disertaciones, etc., los cuales contribuyeron, con creces, al conocimiento de la historiografía nacional e internacional.

Su rigurosidad en el mundo de la investigación científica lo llevó a ser investigador emérito del extinto Programa de Promoción del Investigador (PPI) y a constituirse en asesor de diversas instituciones de educación superior en Venezuela y otros países de América Latina.

### **El Instituto de Investigaciones Históricas**

A partir del año 2015, bajo la gestión del padre Francisco José Virtuoso, S.J., es nombrado, nuevamente, director del Instituto de Investigaciones Históricas. Regresaba a sus orígenes, a la casa que con tanto entusiasmo había fundado e impulsado, en conjunto con el padre Hermann González y el Dr. Pablo Ojer, en la década de los 60.



Trabajar con el padre del Rey representaba un gran reto y una enorme responsabilidad. Un aprendizaje constante marcaba las horas, los días, los meses y los años. Cómo olvidar su extrema puntualidad, la rectitud en el cumplimiento de sus responsabilidades, su energía inagotable, su altísimo sentido del compromiso y de la palabra empeñada.

## **La Revista Montalbán**

Numerosos planes y proyectos se fueron concretando y materializando día a día. Sin embargo, algo le quitaba el sueño: la Revista Montalbán. Era necesario y, además urgente, retomar la publicación de la revista, la cual tenía 4 años fuera de circulación. Una gran dosis de esfuerzo, trabajo arduo y mucha tenacidad le devolvieron la luz a Montalbán, publicación que con esmero y pasión había fundado en 1972.

El mismo año 2015 organiza un congreso internacional conmemorativo de los 200 años de la Restauración de la Compañía de Jesús, donde participan más de una veintena de investigadores. Sus ponencias fueron publicadas en el primer volumen de la nueva etapa de la revista, bajo el no. 46. Montalbán era, de nuevo, una realidad.

A partir de ese momento, la revista recobró su impulso inicial y para el padre del Rey constituyó su máxima motivación y principal actividad hasta que la muerte lo sorprendió.

La pandemia, sus serios quebrantos de salud, su traslado a la enfermería en Villa Loyola, no lograron quebrar su voluntad, nada lo amilanó, su norte estaba claro, la investigación era lo primero y la revista representaba ese reservorio donde popularizar y difundir el conocimiento.

El volumen de investigaciones que manejaba era de tal magnitud que permitía distribuirlos a lo largo de 3, 4, y hasta 6 números de la Revista. Amigos y allegados de todas partes del mundo le confiaban sus hallazgos e investigaciones, los cuales serían publicados en Montalbán.

## **El último adiós**

Hoy, a escasos 30 días de su partida, recordamos no solo al hombre de Dios, al académico, al investigador, sino también al espléndido ser humano que caminaba a diario por los pasillos y jardines de la universidad, con una agradable sonrisa en su rostro, impecablemente vestido de negro y unos lentes oscuros que ocultaban sus expresivos ojos azules.

Atrás quedaron las largas conversaciones, las historias y experiencias fronterizas, sus estudios en Alemania, su pasión por descubrir y generar conocimiento, los homenajes, los reconocimientos; su reloj se había detenido, pero nos dejaba como presente una larga y fructífera vida.

¡¡Hasta pronto, Maestro!!

El Ucabista- Dossier especial 28/01/2024

# El padre del Rey Fajardo, historiador eclesiástico

Por Agustín Moreno Molina (Historiador y profesor jubilado UCAB)



La Universidad Javeriana de Bogotá publicó en 2020 el libro *Nomenclátor biográfico de los jesuitas neogranadinos (1604-1831)*. Dos volúmenes de más de mil páginas cada uno sobre los religiosos de la Compañía de Jesús en Hispanoamérica. No sabemos cuánto tiempo le llevó al padre de Rey Fajardo escribirlo. Pero ante la abundancia documental, además de las referencias a las propias investigaciones del autor, tendríamos que concluir que necesitó largos años de trabajo para reunir muchísimos datos dispersos y organizarlos con encomiable precisión y objetividad, animado por la devoción por la verdad y la fe en la Iglesia católica.

¿Qué tiene que ver la fe en esta historia? Mucho, porque este libro en particular, así como la mayoría de los escritos del padre del Rey se inscriben en la denominada “Historia eclesiástica”. Esta clase de historia algunos seguramente la incluirán en la Historia Cultural, dado que en lo “cultural” según la moda actual entra cualquier cosa, y los llamados “Estudios culturales” en las universidades anglosajonas son un buen ejemplo de la diversidad de temas y de interpretaciones acerca de lo que se entiende por cultura. Pues no, la historia eclesiástica se mueve en un campo distinto al de la historia política, económica, social y cultural, aunque en diálogo con éstas, pues en fin de cuentas es el ser humano quien está en el fondo de la cuestión. La historia eclesiástica se diferencia de las demás porque toma en cuenta la fe en Dios y en las instituciones fundadas por Dios.

En el caso concreto, no se entiende la obra de los jesuitas, en las misiones, en las escuelas y universidades y en el cultivo de las ciencias, del estudio de las lenguas indígenas y de las distintas etnias, como si allí en cada campo en específico no actuara Dios, aun en medio de las flaquezas humanas, porque cada uno de los miembros de la Compañía de Jesús, a quién el P. del Rey identificó con nombre y apellido, es un hombre de fe con una visión sobrenatural de la realidad; es decir, con la convicción de que Dios actúa en la historia, a través de la Iglesia fundada por Jesucristo y encomendada a los apóstoles y a los sucesores de éstos. Pero que al mismo tiempo es un ser de carne y hueso, con sus fallas, miserias, limitaciones y sueños, proyectos y obras al servicio de los demás.

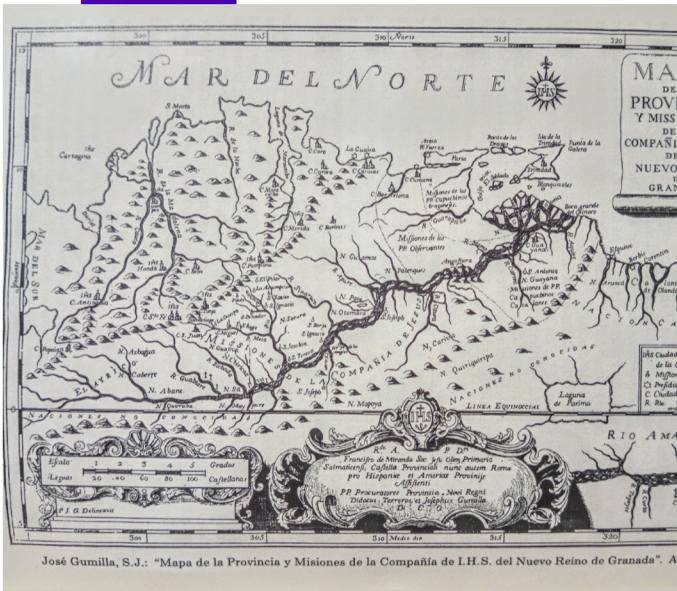
El *Nomenclátor* es un catálogo, y *biográfico de los jesuitas neogranadinos* indica de qué trata ese catálogo. Para elaborarlo, el autor buscó toda

la información disponible en distintos idiomas, en libros, documentos y piezas de archivos esparcidos por Europa y América, sobre todos y cada uno de los jesuitas que vivieron en el extenso territorio del Nuevo Reino de Granada, que comprendía parte de la actual Venezuela, toda Colombia, Ecuador, República Dominicana y Panamá; desde los primeros religiosos procedentes de la Europa del siglo XVII, hasta la supresión de la Compañía en 1767, luego arrojados a tierras italianas, hasta 1831. En orden alfabético aparecen identificados con nombre y apellido, fecha de nacimiento, nacionalidad, fechas de profesión religiosa, estudios, títulos académicos, trabajos pastorales desempeñados, en las misiones, escuelas y universidades, centros asistenciales, y culturales.

En la historiografía venezolana, la historia eclesiástica parece la pariente pobre de una familia adinerada. Como la cultivan principalmente curas, o laicos católicos, ya de antemano se la califica de prejuiciada, confesional y carente de objetividad, pero nadie se escandaliza de esas historias contadas por los marxistas, que deforman la realidad para hacerla coincidir con sus recetarios. Es difícil ser objetivo en el relato histórico. *La monumental Historia Contemporánea de Venezuela*, de nuestro nunca bien ponderado Francisco González Guinán, es generosa con el autócrata civilizador; y la biografía de Ezequiel Zamora, de Laureano Villanueva, parece un canto laudatorio a un personaje que sólo está en la mente del autor; y no digamos la biografía del mismo personaje, convertido éste en una de las tres raíces del socialismo del siglo XXI en esta sufrida Venezuela.

El padre del Rey Fajardo escribió más de setenta libros, y los seis tomos de *Los jesuitas en Venezuela* son un muestrario de la variedad de temas que investigó a lo largo de su vida. El primero de la colección trata de las fuentes para el estudio de los jesuitas y es particularmente importante para conocer la metodología científica del historiador; el segundo tomo se refiere a las personas de carne y hueso, misioneros, educadores, músicos, geógrafos, historiadores, maestros de espiritualidad, confesores y apóstoles en la cura de almas. El tercero trata de la geografía y del entorno vital; en el cuarto tomo defiende la tesis de que las misiones fueron el germen de la nacionalidad en el que confluyeron de modo armónico, europeos e indígenas para formar una sociedad cristiana; le sigue el tomo titulado "La República de las Letras", relativo a la educación y

pedagogía ignaciana; y el último, titulado “Nosotros también somos gente”, versa sobre misiones e indígenas en el Orinoco. Puesto que el hilo conductor del discurso es la Compañía de Jesús, organización religiosa de la Iglesia católica, con una misión específica en la sociedad, estas publicaciones son un buen ejemplo de la historia eclesiástica venezolana. Y son un mentís a esos prejuicios tanto de aquellos que ven incompatibilidad entre ciencia y fe, como en los otros que le niegan objetividad.



# El P. José Del Rey Fajardo, S.J, y el estudio de la Orinoquia venezolana

Por Manuel Alberto Donís Ríos (Historiador e investigador del IIH UCAB)



El P. José del Rey Fajardo, S.J. (1934-2023) se caracterizó por ser un investigador constante, riguroso, disciplinado y prolífico, abarcando diversas líneas de investigación, pero en todo momento estudiando “la materia jesuítica y su implicación estrecha con el curso de la historia, lengua y cultura venezolana”<sup>1</sup>.

Su tesis doctoral en Historia (Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, 1979) lleva por título La cultura jesuítica en la Orinoquia. Ya se ventilaba el tema al que dedicaría buena parte de su vida, al punto de convertirse en el historiador por excelencia de la Compañía de Jesús en la Venezuela Colonial, entendida como parte integrante de la Provincia jesuítica del Nuevo Reino de Granada.

Particular interés demostró por la obra del jesuita José Gumilla (1686-1750), misionero, historiador y lingüista, que realizó su labor en los llanos del Casanare y el Orinoco. Se puede afirmar que fue su principal biógrafo, dificultándose agregar algo más sobre el personaje. Recordemos que a Gumilla se debe el primer descubrimiento científico del Orinoco, plasmado en su obra El Orinoco Ilustrado, publicada en 1741, y nuevamente en 1745, bajo el título de El Orinoco Ilustrado y Defendido.

Refiere el P. del Rey cómo la expansión de la Compañía de Jesús se inició en el año 1625 en los llanos neogranadinos y pasó a Guayana en 1646, pero sólo fue en 1731 cuando se arraigó a orillas del Orinoco.

En el proceso de afianzamiento de las misiones jesuíticas en el Meta y el Orinoco jugó papel estelar el P. José Gumilla, S.J., quien se convirtió en el motor impulsor del cambio ocurrido en Guayana a partir de entonces. Gumilla, dentro de unas coordenadas predominantemente colonizadoras y militares, buscó un remedio radical para curar los males que afectaban la cuenca del Orinoco, considerando, con razón, que las llaves del corazón de Venezuela estaban en las bocas de nuestra gran arteria fluvial.

En el bajo Orinoco, la fortificación del río se convirtió casi en una obsesión de los jesuitas. Gumilla centró la defensa de la provincia de Guayana

*1.- Academia Venezolana de la Lengua, Discurso de incorporación como Individuo de Número de D. José Del Rey Fajardo, S. J. Contestación de D. Francisco Javier Pérez, Caracas, 2015, 21.*



en el sector de Santo Tomé, hacia la entrada del río, y creyó conseguirlo con el fuego cruzado de los cañones de los reductos por construirse, no tan atrás como muchos querían, en la isla Fajardo, sino en la desembocadura del Caroní. De esta forma, se lograría una defensa efectiva, con el menor gasto para la Corona, cubriendo las misiones capuchinas catalanas e impidiendo el paso de los extranjeros al interior de las provincias de Cumaná, Caracas y el Nuevo Reino de Granada.

A Gumilla, refiere el P. del Rey, le siguen los esfuerzos de sus compañeros de Orden en los territorios del Casanare, Meta y Orinoco. La labor geográfica y cartográfica realizada en el Orinoco por Matías de Tapia, Juan Capuel, Bernardo Rotella, Manuel Román, Agustín de Vega y Felipe Salvador Gilij, para sólo mencionar los más destacados, dieron a conocer por vez primera la estratégica provincia de Guayana desde un punto de vista científico.

Es el Orinoco visualizado como la arteria vital que daría vida a toda la unidad territorial de sus vertientes. Una nueva perspectiva económico-misionera cuyo centro de gravedad estaría en Santo Tomé de Guayana y en Trinidad.

Con este propósito, Gumilla contempló cuatro temas fundamentales: la promoción de la Orinoquia, el desarrollo del comercio y el fomento de una inmigración fructífera, el reclutamiento de misioneros y la solución al problema de las incursiones caribes. Se hizo una necesidad imperiosa poblar el curso bajo del Orinoco y, para lograrlo, se pensó en una inmigración seleccionada que debía asentarse inicialmente en la isla de Trinidad para luego rebasar “aquel vasto y despoblado terreno” de Guayana. Era necesario para ello un mestizaje revitalizador.

El padre Del Rey sostuvo que fue Gumilla quien más cuidadosamente trazó el difícil camino en este proceso de transformación y cristianización de los naturales. Éste se iniciaba con la reducción, seguía con la educación e incorporación a la vida civil y culminaba con la conversión<sup>2</sup>.

2.- José Del Rey Fajardo, S. J., *Aportes para el estudio de cambios y permanencias en las misiones jesuíticas de la Orinoquia*. En: *La Misión y los Jesuitas en la América Española, 1566-1767: Cambios y Permanencias* (José J. Hernández Palomo y Rodrigo Moreno Jeria, coordinadores), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 2005, 145.

No fue tarea fácil, expresó en una de sus obras, pero dio sus frutos: “de modo que al paso que tardó el terreno en fomentar la semilla que ocultaba, a ese paso es después la abundancia del fruto en las Misiones de gentiles, y no fruto transeúnte, sino fijo y permanente. Porque, ¿qué otra cosa es fundar una colonia de mil familias, que estaba dispersas por aquellos bosques, que establecer una finca perpetua, que ha de fructificar el rédito de innumerables almas, así de párvulos, como de adultos (mediante la bondad de Dios) hasta el fin del mundo? La esperanza de este grande y permanente fruto alivia, y hace tolerable los muchos afanes que deben preceder antes de empezar a recogerlo”<sup>3</sup>.

Con anterioridad a Gumilla, el padre Manuel Román había buscado la expansión geográfica y etnológica consecuente al desarrollo misional iniciado en el Meta entre los Sáliva. Quería Román realizar el sueño de iniciar la obra misional en el Orinoco con esta pacífica nación indígena.

La conclusión de los planes de los jesuitas quedó marcada geográficamente en 1744, cuando el padre Bernardo Rotella, S.J., descubrió la comunicación fluvial entre el Orinoco y el Amazonas en el caño Casiquiare. Se produjo toda una revolución cartográfica cuando Rotella elaboró su mapa de la región Orinoco-Amazonas, ofreciendo una nueva visión del Orinoco, río que dejó de ser amazónico para hacerse guayanés y nacer, con todo su complejo fluvial interior, en la laguna Parima.

La figura del misionero fue fundamental en el proceso, y el éxito del proceso evangelizador dependió de la valoración que le dio a la identidad étnica y lingüística de los naturales. Al respeto al indígena. Con su proyección hacia el Orinoco, los jesuitas abrieron una nueva perspectiva económico-misionera que emplazaba el centro de gravedad misional en Santo Tomé de Guayana y en la isla de Trinidad, eliminándose la dependencia de Santa Fe de Bogotá. Con el aval y apoyo del obispo de Caracas, José Félix Valverde, los “hijos de San Ignacio” consiguieron verter hacia territorio venezolano el desarrollo misional y poblacional.

Sobre esta realidad, acrecentada por el éxito obtenido por las misiones capuchinas catalanas en Guayana, descansó la defensa de la Orinoquia durante el siglo XVIII.

3.- José Gumilla, S. I., *El Orinoco Ilustrado y Defendido, Segunda Edición, Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, vol. 68, Caracas, 1993, 238.*